

Humanismo y Enfermería

Los años del miedo, de Juan Eslava Galán

Autores

José Antonio Herrera Bono
Licenciado en Filología Hispánica
Córdoba

El título del libro tiene su origen en un sentimiento que, en opinión del escritor, se abatió sobre muchos españoles de aquella época. "El miedo es el sentimiento de la inmensa mayoría de la población española en estos años. No sólo de los que han perdido la guerra, sino también de los que la han ganado. El Estado arrincona al individuo. Los que ganaron la guerra procedían de una República que dio leyes aperturistas a la mujer. Cuando los franquistas dan el cerrojazo, esto afecta a las mujeres de derechas o de izquierdas. El miedo a las delaciones afecta a unos como a otros. Si uno no quiere morir de hambre, tiene que delinquir a través del estraperlo".

Pero, junto a las aproximaciones más historicistas, que nos permiten seguir la evolución del Régimen desde la triunfal entrada en Madrid de Franco el día de la Victoria hasta la desaparición de las cartillas de racionamiento trece años más tarde, pasando por la "neutralidad" española durante la II Guerra mundial, el atentado fallido contra el dictador o la visita de Eva Perón, entre otros muchos aspectos, destacan de 'Los años del miedo' los abundantes pasajes dedicados a reconstruir la vida corriente de ciudadanos corrientes, vencedores o vencidos, durante este difícil tiempo. Siempre bañados por el sentido del humor del que hace gala el autor a lo largo del libro, descubrimos a unos personajes que se abren paso rodeados de penurias a fuerza de tesón y en muchas ocasiones de picardía. Dignos herederos de la novela picaresca algunos de los protagonistas de la obra, en especial los masculinos, ponen sobre la mesa todos sus recursos para trepar por las rendijas de un régimen que premia cualidades como la adulación, la hipocresía o el gregarismo en grado superlativo. Conforman este tipo de descripciones, junto a las que retratan la represión sexual de la época a cargo de los representantes eclesiásticos, algunos de los momentos más entretenidos y a la vez surrealistas de este mosaico de la vida española.

El profesor jienense nos presenta un período comprendido entre mayo del 39 y el mismo mes de 1952; poco

más de una década que se conoció como "los años del hambre". Período de la posguerra civil y II Guerra Mundial, durante el cual se mantuvieron las expectativas, tanto por una facción como por otra, en función del resultado de dicha contienda, y que al final no satisfizo a nadie, o a todos defraudó, pues tales expectativas no se vieron cumplidas.

Con fina ironía y un magistral tratamiento de los personajes, nos va relatando las vicisitudes de las clases sociales de la España de la época acompañado de fotografías, y una serie de documentos que nos permiten trazar una muy fiel idea de lo vivido por todos aquellos que sufrieron la autarquía franquista, con su picaresca, y en definitiva su lucha por la supervivencia de unos, y el vil enriquecimiento y el ascenso social a costa de lo que fuera de otros.

Durante la guerra se ha pasado hambre en la zona republicana y solamente escasez en la nacional. La reunificación de las dos zonas homogeneiza el hambre y la extiende a todo el país, especialmente a las zonas desfavorecidas. En vista de que los problemas de abastecimiento aumentan, el Gobierno raciona los alimentos de primera necesidad.

Las cartillas de racionamiento que perduraron hasta 1952 (prácticamente el período que abarca la obra), dieron lugar a otro fenómeno propio de la década que nos ocupa, el estraperlo. Y visto lo que incluía una ración semanal para una persona, no es de extrañar:

"En 1940, la ración semanal de una persona es de 300 gramos de azúcar, un cuarto de litro de aceite, 400 gramos de garbanzos y un huevo. Cada semana la prensa y la radio publican la composición del lote que se va a repartir. Algunas veces se añade a la ración 100 gramos de carne; otras, dos huevos."

Ante esta situación se idean recetas novedosas, que el autor nos relata, con fino humor, pero que si lo pensamos fríamente, la población sufrió las consecuencias con severidad. A modo de ejemplo véase: arroz de liebre al fe-

lino doméstico, el choto con ajos al can, el salchichón a la vetusta acémila, el cochinillo a la triquina... "arroz de Franco" (Arroz partido con ajo rehogado y laurel), "patatas a lo pobre" (patatas, laurel, pimienta, tomate y colorante).

Las amas de casa tratan de suplir la penuria con ingenio. Hay una publicación de un cocinero, Ignasi Domènech, Cocina de recursos, en el que se ofrecen recetas del tipo calamares fritos sin calamares, cardillos borriqueros a la madrileña y la más meritoria, tortilla de patatas sin huevo y sin patatas:

"Las patatas se sustituyen por lascas de esa capa blanca y esponjosa que tienen (o tenían) las naranjas entre la cáscara y los gajos. Se arranca esta capa con cuidado y cuando se tiene un plato lleno se pone en remojo durante unas horas. El sucedáneo de los huevos se consigue con unas gotas de aceite, cuatro cucharadas de harina, diez de agua, una de bicarbonato, una pulgada de pimienta molida, sal al gusto y una pizca de colorante artificial que aporta el tono de la yema. Se bate todo hasta convertirlo en una crema bastante líquida, similar a los huevos batidos. Ahora se le añaden las peladuras de naranja convenientemente escurridas y pochadas, se mezcla y se cocina en la sartén como una tortilla de patatas."

Nos aporta datos de los informes de la Dirección General de Sanidad acerca de la población madrileña entre los años 1941 y 1943 y las cantidades calóricas que alcanzan según su nivel de ingresos. Así mismo datos de la salud pública, que se resiente y vuelven a parecer enfermedades como el "latirismo mediterráneo", tuberculosis, difteria, tifus... todo ello derivado de la mísera alimentación y de la higiene.

En 1952 acaban las restricciones eléctricas, se suprimen las cartillas de racionamiento y Franco da un viraje político y se echa en brazos de los americanos. El tiempo comprendido entre el final de la Guerra Civil y 1952 es un periodo muy definido. Las líneas dominantes vividas por la población son el hambre y el miedo. Lo que debería ser una posguerra ligera se prolonga más de una década por una política económica demencial por parte de Franco, que quiere dirigir el país como un cuartel. Además, fuera de España se produce la II Guerra Mundial, lo que no ayuda a la reconstrucción del país. En ese tiempo de autarquía, con la Iglesia "adueñada de la educación, la moda, el tiempo libre...", florecieron los inventos pa-

trióticos como el gasógeno y el lenguaje se transformó. El obrero era el productor; el coñac, aguardiente jerezano; la ensaladilla rusa, imperial; Caperucita Roja, Encarnada; Margarita Gautier, Gutiérrez; y el que mostraba independencia, se "significaba". Esas eran las "malas" palabras, las preferidas "jerarquía", "imperial", "señero" o "vibrante" que adjetivaban a una sociedad en la que se vendían estilográficas a plazos y había talleres de reparación de cepillos de dientes.

Las ilustraciones que acompañan el libro, los numerosos chistes de la época que aparecen reflejados y la reproducción de numerosos anuncios que aparecieron en la prensa del momento son otros elementos que permiten disfrutar de una obra que, aunque pueda no ser del gusto de los historiadores más ortodoxos, resulta altamente recomendable para quienes deseen adentrarse en unos años grises y con frecuencia dramáticos de forma vívida y amena.

